

DIÓCESIS DE ALMERÍA

1



CURA  BEATIFICACIÓN
VALERA

CATEQUESIS ANTE LA BEATIFICACIÓN DEL CURA VALERA
**«TODOS ESTAMOS LLAMADOS A SER SANTOS:
LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD»**

HUÉRCAL-OVERA | 7 DE FEBRERO DE 2026

INTRODUCCIÓN

El Papa Francisco, en el inicio de su Exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate* sobre la llamada a la santidad en el mundo actual, nos decía: «El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1)» (GE 1).

Pero nos parece que ser santos no es fácil, más aún, en ocasiones nos parece imposible. El Papa Benedicto XVI respondía a una pregunta del periodista Peter Seewald: «¿Qué quiere Jesús de nosotros? Quiere de nosotros que creamos en Él. Que nos dejemos conducir por Él. Que vivamos con Él. Y que así lleguemos a ser cada vez más semejantes a Él y, de ese modo, lleguemos a ser de la forma correcta»¹. No se puede decir de una forma más clara y sencilla. Ésos son los santos: los que se han dejado guiar e iluminar por Cristo en su vida, los que han vivido con Él y se han identificado con Él de tal manera que su vida ya no ha sido la suya, sino que, como decía san Pablo, «ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20): ya no son ellos, es Cristo el que ha vivido en ellos y sigue viviendo a través de ellos para que nosotros podamos recorrer este mismo camino, que es la meta de nuestra andadura cristiana, del camino de la fe.

¹ BENEDICTO XVI, *Luz del Mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos* (Madrid 2010) 80.

¿Podemos ser santos? Sí. Más aún, estamos llamados a ser santos: «la santidad no es una prerrogativa solo de algunos; la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano»², decía el Papa Francisco: «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (GE 9).

1. LA SANTIDAD

«La santidad representa al vivo el rostro de Cristo» (NMI 7), decía San Juan Pablo II al inicio de tercer milenio. Su luz resplandece en el rostro de los santos, a través del cual llega a hacerse visible. Comprendemos claramente esta afirmación cuando miramos a los grandes santos, en las capillas de nuestros templos, pero ¿en qué consiste este don?³.

La palabra santidad nos habla de algo que es puro, santo, perfecto. Pero en la Biblia y en la enseñanza de la Iglesia, la santidad no es algo solo para los que viven en los monasterios o los que han sido canonizados. La santidad, en su raíz, significa estar separados para Dios, dedicados a Él en nuestro modo de vivir, de pensar, de actuar. Dios es santo en su esencia misma. Isaías nos dice: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo!» (Is 6,3). Esto quiere decir que la santidad de Dios es una calidad infinita, porque Él es puro amor, justicia, misericordia y verdad. Dios es Santo por su misma naturaleza, y en Él no hay nada que sea imperfecto.

Nosotros, como criaturas, participamos de esa santidad de manera participada, es decir, no en su totalidad, sino en una medida en

² FRANCISCO, *Audiencia general*, 19/11/2024.

³ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Recordar la santidad en la Iglesia particular* (Madrid 2025) 21.

que podemos crecer cada día con la gracia de Dios. La santidad en nosotros es como una semilla que Dios planta en nuestro corazón, y que debemos cuidar y alimentar con nuestras acciones, con nuestra oración y con nuestra voluntad de hacer el bien. Todo ello sin hacer acepción alguna de personas (cf. Mt 5, 43-48).

Entonces, ¿qué quiere decir ser santos? El papa de feliz memoria Benedicto XVI reflexiona sobre ello afirmando que:

«La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús [...]»⁴.

Para conseguir tal fin, el Papa Francisco destaca que

«El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres [...] constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”. El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana» (GE 6).

En efecto, gracias al auxilio del Espíritu Santo el cristiano se puede santificar en su vida cotidiana perteneciendo al Pueblo de

⁴ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 13/04/2011.

Dios. De hecho, todo hombre y toda mujer están llamados a transitar por el camino de la santidad en sus circunstancias concretas. Por eso, el papa Francisco llega a decir:

«Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad “de la puerta de al lado”, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios [...]» (GE 8).

2. LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

El Concilio Vaticano II colocó la vocación a la santidad a la que todos los cristianos estamos llamados, dedicándole capítulo quinto de su Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, titulado «La vocación universal a la santidad en la Iglesia». Ser santos no podía seguir siendo algo reservado a la perfección de sólo unos pocos dedicados a ello, sino que había de ser el ideal común de todos los cristianos. La descripción de la Iglesia hubiera quedado incompleta si se hubiera descuidado la finalidad que brota de lo más profundo de su esencia: el impulso hacia la fuente única de toda santidad y perfección espiritual que es Dios, el Dios vivo que sale a nuestro encuentro por la encarnación de su Hijo y la misión del Espíritu Santo. No somos nosotros los que nos encaminamos hacia la santidad por nuestras propias fuerzas y para satisfacer nuestras aspiraciones morales: es el Dios santo el que ha bajado a nosotros para que nosotros podamos elevarnos hacia Él; Él es el que ha compartido nuestra

naturaleza humana para que nosotros podamos participar de la vida divina.

Dicho capítulo expone la vocación común y universal de todo bautizado, que es llamado a vivir y hacer fructificar en la Iglesia (santidad moral) la participación en la naturaleza divina (santidad ontológica), recibida en el bautismo. Así lo señala la *Lumen Gentium* destacando la caridad como esencia de la santidad:

«Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (1 Tes 4,3; cf. Ef 1,4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos» (LG 39).

La santidad con la que Cristo informa a su Iglesia y a la que convoca a todos sus miembros, no abarca sólo los mandamientos sino también los consejos evangélicos, gracias a las formas múltiples que revisten los dones del Espíritu. Jesús, modelo de toda perfección, ha predicado la santidad de vida, invitando a todos y cada uno de sus seguidores a ser perfectos, como perfecto es el Padre celestial, para lo que ha enviado al Espíritu Santo y les ha hecho participar de su santidad a través del bautismo, que constituye el inicio de un proceso de desarrollo y maduración y que inaugura la vida de la gracia (cf. LG 40).

Cristo es Hijo único y a imagen suya podemos llegar a esta perfección de la caridad, gracias a la acción del Espíritu Santo, que nos impulsan a amar a Dios con todo el corazón y al prójimo con el amor con el que Cristo nos ama. De este modo se señala

por una parte, un destacable interés en presentar el carácter universal de la llamada a la santidad, que es para todos, como había podido entenderse en la historia de la teología y de la espiritualidad de siglos pasados; y por otra parte, la identificación de la santidad con la plenitud de la vida cristiana y la perfección del amor, identificando este proceso de santificación con el perfeccionamiento de la caridad con Dios y con el prójimo, es decir, con la configuración o conformación con Cristo⁵.

Pero esta configuración no es uniforme. La única vocación a la santidad para todos los cristianos tiene múltiples caminos de realización, según la vocación particular que cada uno haya recibido. Así se muestra cómo es posible vivir este camino a la santidad en todos los estados de vida cristiana: obispos, sacerdotes, diáconos, y laicos, principalmente esposos y padres. En este sentido el segundo Concilio del Vaticano sostiene que:

«todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo» (LG 41).

Por último, el número 42 de *Lumen Gentium* recuerda que la caridad es el don principal y más necesario, con mención expresa del martirio, don y prueba mayor de ese amor. Y es que desde sus orígenes, la comunidad cristiana ha visto en el martirio la experiencia suprema de Cristo y de la santidad, por eso los

⁵ Cf. V. BOSCH, *Llamados a ser santos. Historia contemporánea de una doctrina* (Madrid 2008) 74-76.

mártires fueron los primeros que recibieron el título de «santos», los primeros en recibir culto en la Iglesia. El mártir sigue la doctrina y las huellas del Maestro; lo imita del modo más perfecto y completo posible, al unirse a su vida y repetir todos sus pasos, que le llevan a consumir su existencia de entrega hasta la cruz. En el mártir, Cristo mismo es el que actúa y triunfa, pues el mártir manifiesta la presencia de Cristo entre los suyos, mostrando el amor en su mayor medida como es la del sacrificio, incluso, de la propia vida⁶. El martirio es la manifestación más alta del amor a Dios y del poder otorgado al hombre por el Espíritu Santo, y muestra así que el valor de la vida no es el valor supremo, pues al poner al cristiano ante la disyuntiva de apostatar de la fe y así salvar la vida, o confesarla la fe y por ello morir, está llamado y fortalecido por la fuerza de Dios a poner su vida confiadamente en sus manos. La heroicidad del mártir es el sello de Dios que supera la capacidad humana, su esperanza y serenidad en el momento de la entrega de su vida son signo de la gracia de Dios en la debilidad de los hombres⁷.

En suma, de lo expuesto hasta aquí se puede deducir que:

- a) La santidad es don un recibido de Cristo por el Espíritu.
- b) La santidad incumbe a todo hombre y mujer de este mundo.
- c) La santidad posee una dimensión eclesial: la Iglesia es concebida como pueblo y comunión de santos. Una santidad ya presente entre los que peregrinan en esta tierra y que llega a su plenitud en los que han alcanzado la bienaventuranza eterna.

⁶ Cf. *Ibid.*, 189.

⁷ Cf. R. BLÁZQUEZ PÉREZ, «¿Quién es un mártir cristiano?», en M.-E. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *El martirio cristiano. Testimonio y profecía* (Madrid 2007) 47s.

- d) La santidad es el signo más elocuente de Jesús. Es decir, las vidas santas transparentan el rostro de Dios, son el verdadero anuncio del Evangelio, “el quinto evangelio” como las llamaba Schillebeeckx, y la verdadera apología de la religión cristiana.
- e) Los santos son faros que nos guían en la penumbra y apoyos para nuestra esperanza.
- f) Los santos son amigos y coherederos de Cristo, nuestros hermanos y principales bienhechores. Estamos en comunión con ellos y la auténtica devoción implica imitar su ejemplo, participar en su intimidad y pedir su intercesión (cf. LG 49)⁸.
- g) La santidad es todo un camino que cada cristiano debe recorrer por sí mismo en comunión con la Iglesia y bajo el auxilio del Espíritu Santo.
- h) La propia misión que tiene cada cristiano en la tierra ha de ser concebida como un camino de santidad (cf. GE 19-20).
- i) La actividad de cada día nos santifica, cuando se pone al servicio del Reino de Dios (cf. GE 25-26).
- j) La santidad plenifica la vida humana al cumplir la voluntad de Dios. Así lo asegura el papa Francisco:

«No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad [...] En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo» (GE 32-34).

⁸ Cf. F. ELIZONDO ARAGÓN, «Una llamada universal y diversas vocaciones», en CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La santidad, proyecto y patrimonio eclesial* (Madrid 2015) 21-23.

k) Jesús nos explicó qué es ser santos cuando nos dejó en el evangelio las bienaventuranzas, que son «como el carnet de identidad del cristiano» (GE 63).

l) El papa Francisco nos ofrece algunas notas de la santidad en el mundo actual, que son

«cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo [...] debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual» (GE 111).

Así, reflexiona sobre el aguante, la paciencia y la mansedumbre (cf. GE 112-121), la alegría y el sentido del humor (cf. GE 122-128), la audacia y el fervor (cf. GE 129-139), viviendo en comunidad (cf. GE 140-146) y en oración constante (cf. GE 147-157). Para vivir estas notas se precisa del combate, la vigilancia y el discernimiento permanente (cf. GE 158-175).

3. EL CAMINO HACIA LA SANTIDAD

La Iglesia es una madre que ayuda a que sus hijos se realicen y vivan en plenitud, con el don recibido de Dios de compartir la vida divina y alcanzar la meta de la santidad. La Iglesia nos muestra que la santidad es la vocación de todos los cristianos y nos ayuda a alcanzarla. En este sentido el Papa Francisco decía:

«la Iglesia [...] nos hace encontrar a Jesucristo en los sacramentos, especialmente en la Confesión y en la Eucaristía; nos comunica la Palabra de Dios, nos hace vivir en la caridad,

en el amor de Dios hacia todos. Preguntémonos entonces: ¿nos dejamos santificar? [...] Cada cristiano está llamado a la santidad (cf. LG 39-42); y la santidad no consiste ante todo en hacer cosas extraordinarias, sino en dejar actuar a Dios. Es el encuentro de nuestra debilidad con la fuerza de su gracia, es tener confianza en su acción lo que nos permite vivir en la caridad, hacer todo con alegría y humildad, para la gloria de Dios y en el servicio al prójimo [...] No perdamos la esperanza en la santidad, recorramos todos este camino»⁹.

Siendo niños, adultos, ancianos, ministros, religiosas o laicos: todos estamos llamados a crecer en la amistad con Dios y en el amor a los demás. San Pablo, en su carta a los Tesalonicenses, nos dice: «*porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santidad*» (1 Tes 4,3). Es decir, que la voluntad de Dios para cada uno de nosotros es que lleguemos a ser santos. ¿Cómo podemos hacerlo? La respuesta está en seguir a Jesús, en aprender de Él, en imitar su ejemplo de amor, humildad y servicio. La Santidad implica tomar a Dios como fin de toda nuestra vida, y eso se logra principalmente a través de la oración, los sacramentos, la fraternidad y el compromiso de vivir según el Evangelio¹⁰. Dios, que es Amor (cf. 1 Jn 4,8), nos ha mostrado su amor dándonos a su Hijo «para que vivamos por Él» (1 Jn 4,9). Un cristiano piensa, siente, vive y ama como Cristo. Vivir el mandamiento del amor es participar de la plenitud de la vida divina de un Dios Amor. La vida santa es participar en la vida divina «en el Espíritu, por Cristo, al Padre» (Ef 2,18).

⁹ FRANCISCO, *Audiencia general*, 02/10/2013.

¹⁰ Cf. SECRETARIADO DIOCESANO PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS DE LA DÍOCESIS DE GUADIX, *Catequesis sobre la santidad* (Guadix 2025) 10s.

Así las cosas, el papa Benedicto XVI cuando reflexionaba sobre la forma en que un cristiano podía transitar por el camino de la santidad decía que:

«una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. Is 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma [...] La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado»¹¹.

Ahora bien, sigue preguntándose sobre cómo alcanzar la santidad; cuál es su «alma» y responde:

«el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes»¹².

¹¹ BENEDICTO XVI, Audiencia general, 13/04/2011.

¹² *Ibid.*

4. ¿CÓMO SE HACE UN SANTO?

De entre la multitud de personas que mueren santamente la Iglesia canoniza algunos, es decir, los ofrece como modelos de vida para nuestro caminar cristiano. Este proceso es un itinerario largo, sujeto a la tutela directa del Obispo diocesano y del Dicasterio de las Causas de los Santos, para asegurar de modo eficaz el rigor del procedimiento según las normas establecidas por la Santa Sede.

El punto de partida es «la fama de santidad o de martirio o de entrega de la vida», es decir, la persistencia en el pueblo de Dios de la conciencia de que una persona vivía la virtud por encima de lo común, o que murió por odio a la fe o que libremente entregó su vida por amor. A esta fama de santidad le acompaña una fama de signos: espontáneamente acudimos a esa persona pidiendo su intercesión, experimentamos su ayuda, reconocemos que fruto de esta petición hemos recibido gracias más o menos importantes. Solo si se dan estos elementos el Obispo puede comenzar un Proceso de beatificación y canonización.

Estas Causas se desarrollan en dos ámbitos distintos: la propia diócesis y el Dicasterio de las Causas de los santos. En la *fase diocesana* el trabajo principal es recoger toda la información posible sobre la vida, virtudes-martirio-entrega de la vida y fama de santidad del siervo de Dios y comprende una parte documental y una parte testimonial. En esta fase no se emite ningún juicio, sino que el objetivo es recoger el material que permita a las autoridades del Dicasterio proceder al adecuado discernimiento sobre la santidad de una persona.

Terminado todo este trabajo en las diócesis, el Dicasterio lo valida y comienza la *fase romana* del Proceso. Al Postulador de la Causa le compete compilar todo el material recogido en la fase diocesana en un único documento que se llama *Positio*, que será examinado por los distintos órganos del Dicasterio y concluirá o no con la declaración de las virtudes heroicas o el reconocimiento del martirio. El objeto de la *Positio* es permitir a los consultores históricos, teólogos y a los cardenales y obispos miembros del Dicasterio llegar a la certeza moral acerca del martirio, las virtudes heroicas o la ofrenda de la vida del Siervo de Dios. Para la beatificación (excepto en caso de martirio) y para la canonización se precisa de la comprobación de sendos milagros. Con el acto de la canonización el Papa declara de forma definitiva y solemne que un fiel católico puede ser venerado públicamente por toda la Iglesia¹³.

5. EL PATRIMONIO DE SANTIDAD DE NUESTRA DIÓCESIS DE ALMERÍA

El mejor patrimonio con el que cuenta la Iglesia es, sin duda, la santidad de sus mejores hijos. La gran multitud de beatificaciones y canonizaciones que san Juan Pablo II realizó y que han seguido sus sucesores en la Sede de Pedro ha puesto a los santos y los beatos de moda. A ello se ha añadido en España la gran persecución religiosa del siglo XX que se padeció en muchas de nuestras diócesis, y que ha dado como fruto Causas de martirio cuyos Siervos de Dios que las componen han llegado ya a su beatificación como sucedió en nuestra diócesis de Almería en

¹³ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Recordar la santidad en la Iglesia particular* (Madrid 2025) 23s.

aquella memorable ceremonia de beatificación de los 115 mártires acaecida el 25 de marzo de 2017.

Los Santos y los Beatos están de moda porque ellos son la muestra de que es posible vivir la vida cristiana en plenitud y de que el Evangelio se puede hacer vida en nosotros. No son héroes de una epopeya de siglos pasados, sino modelos actuales de fe y de vida cristiana. El camino que hay que recorrer hacia la meta de la santidad es posible recorrerlo y hermanos nuestros lo han hecho dejándose conducir por Dios en sus vidas. No se puede hablar de la santidad de forma abstracta, porque entonces se queda en una teoría muy bonita pero lejana e idealizada. El mejor modo de hablar hoy de la santidad es a través del testimonio concreto de quienes la han vivido, como lo que son los Santos, modelos de fe para el pueblo de Dios e intercesores nuestros ante Él.

Pero ¿para qué queremos un santo? ¿para qué sirve un santo? ¿no pueden terminar considerados como una especie de trofeo que hemos alcanzado, que hemos ganado, y que ahora se coloca en una vitrina diocesana para acordarnos de él una vez al año en su memoria litúrgica?

Nuestra diócesis de Almería ha recibido un gran don con el testimonio de vida y santidad y martirio de nuestros hermanos los Santos y los Beatos, y ellos son los que configuran la identidad espiritual de nuestras diócesis. Son vidas que han recorrido las calles de nuestros pueblos, han recibido los sacramentos en las mismas Iglesias en las que nosotros celebramos la fe, han vivido y rezado ante la misma advocación de la Virgen y ante los mismos patronos y celebrado las mismas fiestas que nosotros.

Este es el patrimonio de la santidad de nuestra diócesis de Almería:

- **SAN INDALECIO**, Obispo y mártir, Patrono de la diócesis de Almería, cuya memoria se celebra cada año el 15 de mayo.
- **SAN JOSÉ MARÍA RUBIO PERALTA**, sacerdote jesuita, natural de Dalías, canonizado el 04/05/2003, cuya memoria se celebra cada año el 4 de mayo.
- **BEATA MARÍA DOLORES RODRÍGUEZ SOPEÑA**, fundadora de las Damas Catequistas, natural de Vélez-Rubio, beatificada el 23/03/2003, cuya memoria se celebra cada año el 10 de enero.
- **BEATO CECILIO LÓPEZ LÓPEZ**, natural de Fondón, beatificado junto con 70 compañeros mártires de la Orden hospitalaria de San Juan de Dios el 25/10/1992, cuya memoria se celebra cada año el 30 de julio.
- **BEATO DIEGO VENTAJA MILÁN**, Obispo mártir de Almería, natural de Ohanes, beatificado junto con el Beato Manuel Medina Olmos, Obispo mártir de Guadix y siete Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle el 10/10/1993, cuya memoria se celebra cada año el 30 de agosto.
- **BEATA JOSEFA RUANO GARCÍA**, religiosa Hermanita de los ancianos desamparados, natural de Berja, beatificada el 11/03/2001 junto con 232 mártires, cuya memoria se celebra cada año el 22 de septiembre.
- **BEATO MARCOS CRIADO**, religioso trinitario, natural de Andújar (Jaén), predicador en nuestra diócesis, martirizado en La Peza (Granada) en 1569 en la persecución religiosa de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, beatificado

el 24/07/1899, cuya memoria se celebra cada año el 3 de octubre.

■ **BEATOS JOSÉ ÁLVAREZ BENAVIDES Y DE LA TORRE Y 114 COMPAÑEROS MÁRTIRES DE ALMERÍA**, grupo de noventa y dos sacerdotes diocesanos, veinte laicos, dos operarios diocesanos y un religioso franciscano, beatificados el 25/03/2017, cuyas memorias se celebran cada año el 6 de noviembre.

■ **BEATO JOSÉ MARÍA DE LA DOLOROSA**, religioso carmelita descalzo, natural de Fondón, y Beato Andrés Jiménez Galera, sacerdote primero diocesano y después salesiano, natural de la Rambla de Oria, beatificados junto con 486 mártires el 28/10/2007, cuyas memorias se celebran cada año el 6 de noviembre.

■ **BEATO FELICIANO MARTÍNEZ GRANERO** religioso de la Orden hospitalaria de San Juan de Dios, natural de Taberno, beatificados junto con 521 mártires el 13/10/2013, cuya memoria se celebra cada año el 6 de noviembre.

Además, en nuestra diócesis contamos con los siguientes Siervos de Dios y Venerables cuyas Causas de canonización se encuentran ya en fase romana:

- *P. Federico Salvador Ramón*, sacerdote fundador de las Esclavas de la Inmaculada Niña (Divina Infantita), nacido en Almería en 1867 y fallecido en San Diego (California) en 1931.
- *P. Joaquín Reina Castrillón*, sacerdote jesuita, fundador de las Siervas de los Pobres, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, natural de Chiclana de la Frontera (Cádiz) en 1902 y fallecido en Málaga en 1975.

- *Venerable Salvador Valera Parra*, sacerdote diocesano, Cura Párroco de Huércal-Overa, donde nació en 1816 y murió en 1889, que será próximamente beatificado.

6. TEXTOS BÍBLICOS PARA LA MEDITACIÓN

6.1. *La santidad en la vida cotidiana*

«Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia». (Mt 6, 33s.)

El Señor nos invita en este pasaje a ordenar la vida cotidiana con sus propios afanes alrededor de la prioridad de Dios. En la vida ordinaria, la santidad no es algo extraordinario aislado, sino una actitud constante de confiar en Dios, buscar su justicia y obrar con integridad en lo cotidiano.

Al colocar a Dios en el centro, las preocupaciones y esfuerzos diarios encuentran sentido, e incluso las tareas simples pueden convertirse en actos de adoración cuando se hacen con fidelidad y cariño hacia Dios y hacia los demás.

«Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma, como para servir al Señor, y no a los hombres: sabiendo que recibiréis del Señor en recompensa la herencia. Servid a Cristo Señor» (Col 3, 23s.).

En la vida cotidiana, la santidad no es un estado excepcional sino una forma de actuar «de corazón» en cada tarea: trabajo, estudio,

casa, parroquia, relaciones. Hacerlo «como para el Señor» transforma lo ordinario en un espacio de adoración y fidelidad.

De hecho, la motivación ya no está en agradar a personas, sino en servir a Cristo como nuestro modelo y guía. Esta reorientación da integridad a las acciones simples: cumplir con diligencia un oficio, tratar con respeto a los demás, ser fiel en lo pequeño. Si así vivimos, la promesa de la herencia del Señor da fortaleza y sentido cuando el esfuerzo parece tedioso o desalentador. El cristiano corriente sabe que hay un valor eterno en lo que parece verse como rutinario.

Por todo ello, practicar la santidad en lo cotidiano implica perseverancia: repetir hábitos de honestidad, paciencia, amabilidad y justicia en la casa, el trabajo y la comunidad. Así, la vida diaria se convierte en un ministerio discreto y nos vamos transformados en esos «santos de la puerta de al lado» con los que de alguna manera todos nos hemos encontrado en nuestra vida.

Por último, este pasaje nos desafía a evaluar nuestras metas diarias: ¿están orientadas a servir al Señor o a buscar reconocimiento humano? La meta última debe ser Cristo, y la recompensa es su herencia, que da esperanza y propósito sostenidos en medio de las demandas de cada día.

7. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- ¿Qué significa para mí ser santo en mi vida cotidiana? ¿La entiendo como un don de Dios o como un premio a alcanzar?

- ¿He descubierto la santidad como mi vocación de cristiano? ¿Tengo deseo de ser santo?
- ¿En qué momentos de mi día puedo vivir las bienaventuranzas como camino de santidad?
- ¿Descubro a mi alrededor ejemplos de personas sencillas que viven su fe me motivan a seguir a Jesús?
- ¿Conozco la vida y el testimonio de los Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios de nuestra diócesis? ¿Me encomiendo a ellos?
- ¿Cómo participo en mi parroquia para crecer en santidad?
- ¿Qué dificultades encuentro para vivir según el Evangelio y cómo puedo superarlas con la ayuda de Dios?
- ¿Qué puedo hacer para vivir con mayor compromiso y alegría mi vocación cristiana?

